

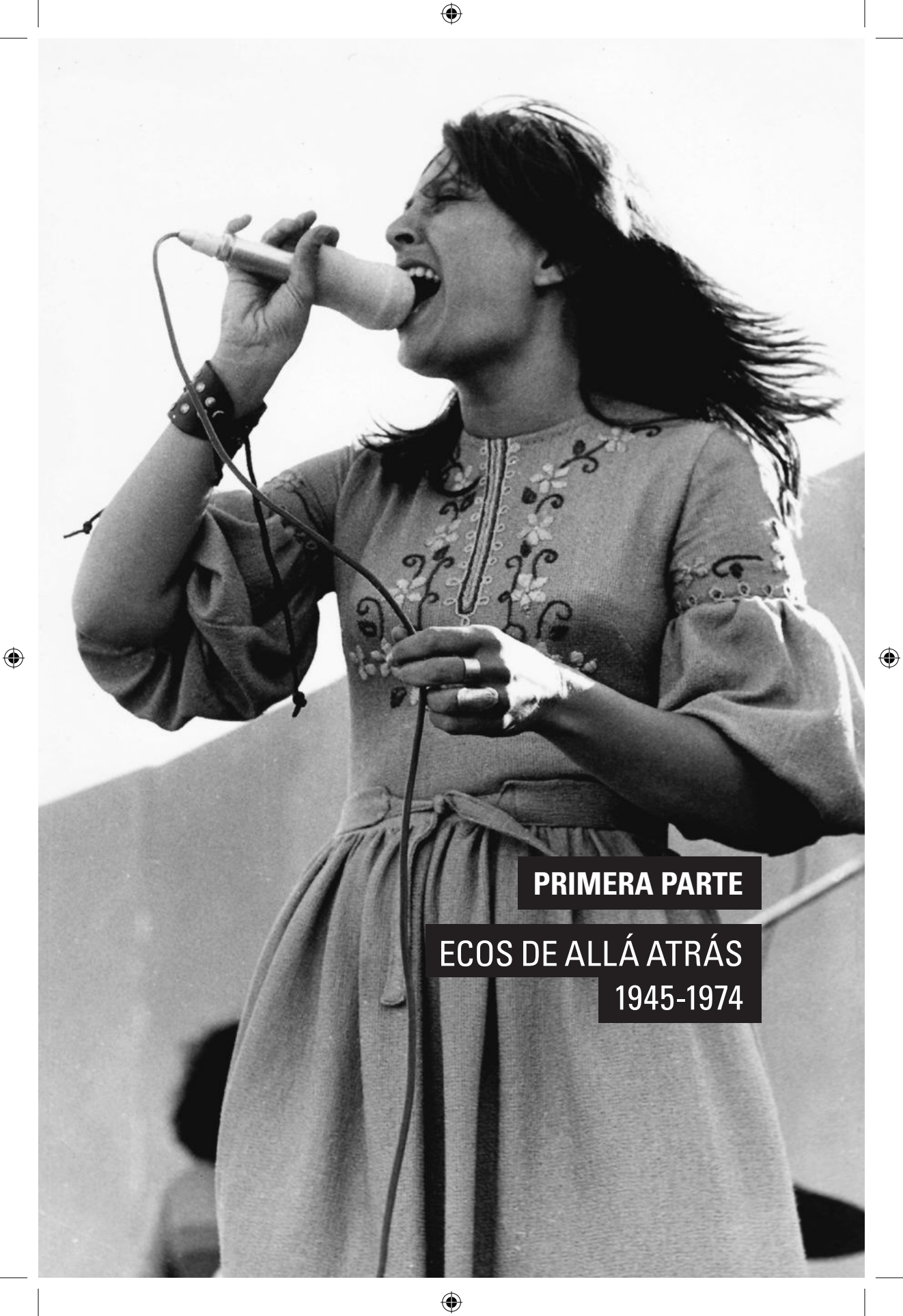
GABRIELA PARODI

LAS MIL VIDAS DE GABRIELA

Memorias de la pionera del rock argentino



*¿Cuán verídicos son los hechos tal cual los recordamos?
El gran misterio de la memoria. Algunos son vívidos, genuinos,
podemos casi tocarlos. Otros más brumosos, enmarañados,
fuera de foco. Espero haber logrado capturar
mi historia con la mayor lucidez posible.*



PRIMERA PARTE

ECOS DE ALLÁ ATRÁS

1945-1974

Capítulo 1

NOCHES DE QUEROSÉN

*Un sueño transparente,
ningún lugar.
¿Será que ya he estado aquí?*

El viento aparece de la nada, se levanta como un gigante con alas, atraviesa el campo, el cielo gris acero, mis emociones. A veces imagino mi corazón de un color lila suave, otras lo siento rojo, enojado, a punto de estallar. El sonido de los álamos plateados me suena a mar. El viento juega con las hojas blanquecinas que danzan y conversan entre sí en un lenguaje acuático, me llenan de savia, de una esperanza recóndita que no sé de dónde viene ni necesito comprender. Todo en este lugar es misterio. Siento, fluyo, soy parte de estas células vivas que no paran de brotar. Soy una esfera de luz, conectada al universo. Tengo apenas tres años y soy feliz.

Mi primera memoria tangible es la de un caballo alto y macizo, de pelo colorado y una crin negra de la que me prendo mientras me sube Tata, mi abuelo materno, y me acomoda. En un santiamén estoy sentada sobre la parte delantera de su recado, demasiado ancho para mí. Todo es más grande que yo, el caballo, el campo, el cielo, este hombre que amo, la vida misma. Firme y seguro, sujeta las riendas con una mano y con la otra me toma de la cintura. El cogote del caballo es inmenso, largo como el de una jirafa, como un tobogán. Pocas veces me sentí tan en la cima del mundo. Acaricio el cuello musculoso del animal, sus arterias que

laten. Suave, aterciopelado, cálido. No paro de reírme. Es el comienzo de uno de los vínculos más poderosos que construiré en mi vida, el del amor por los equinos. Y mientras cabalgamos, en una llanura que se extiende sin fin, mi abuelo me enseña a esquivar las flores, a no pisarlas. Los macachines, las verbenas rojas, caras al sol, llenos de savia, bailan, vibrando de alegría.

*Páramos aislados
brisas cálidas me embriagan,
flores rojas, miel,
los colores se derriten
en mi piel.*

Los días de verano se deslizan, interminables. No me canso, nunca. Trepo a un cedro gigantesco y hablo con seres imaginarios durante horas y horas. Las palomas torcazas me responden. A lo lejos se escuchan bandadas de teros, con ese canto áspero lleno de ecos y resonancias que atraviesan las planicies y tardan en extinguirse. Los pastizales altos danzan, crecen sin cesar, cambian de rumbo según la voluntad del viento. El aroma a pasto fresco estimula mis sentidos. El cielo se llena de nubes que pasan veloces, creando todo tipo de símbolos. Muñecas, olas de mar, Jesucristos, ángeles, rostros desfigurados, caballos árabes. Podría pasarme el día entero observando las nubes e imaginándome las historias detrás de ellas, pero siempre hay alguna interrupción, alguna interferencia humana, alguna voz que llama y estorba. Está la comida, a dormir la siesta, a bañarse, vamos.

Y adentro todo se oscurece. La casa tiene ventanas que casi no dejan entrar la luz, y mi imaginación se apaga. Me aburro. Me enseñan cómo sentarme a la mesa, agarrar los cubiertos de manera correcta, no interrumpir las conversaciones de los mayores, reprimir mis instintos básicos. Las famosas formas. Hay una seriedad en mi familia que me contrae. Adentro todo es severo, lleno de prohibiciones. Afuera está el aire que vibra, la libertad.

Ciertos domingos me escondo en el monte cerca de la casa del personal. Escucho a los correntinos tocando chamamés en acordeones y

guitarras, cantando a plena voz. Los peones, los mensuales, esos hombres que traían de Corrientes, Formosa, Entre Ríos, donde eran prácticamente esclavos que trabajaban por centavos catorce horas por día. Eran muy preciados en nuestra región porque trabajaban más, mejor y apreciaban el progreso, el haber logrado llegar hasta la provincia de Buenos Aires. En ese momento, yo pensaba que eran mucho más felices que nosotros, a pesar de no poseer nada. Las risas, la música, los gritos del sapucaí, el eco de las bochas pegando contra los tabiques de las canchas armadas por ellos mismos.

Al crecer y vivir otras vidas, me di cuenta de que no pasaba por ser más felices, pasaba por la libertad con que se movían en esos preciados domingos y la sabiduría con que aprovechaban el ahora. Mi sensación hoy es que tenían bien claro que eso era todo, que no había ni habría nada más que esos momentos, esos domingos, que más valía aprovechar lo que la vida les ofrecía porque era lo único que alguna vez obtendrían.

En esa casa nunca se escuchaba música. Los diálogos eran cortos y austeros. Tenían todo, pero no sabían disfrutarlo. Estaban siempre a la pesca de detalles negativos y quedaban estancados ahí, sin encontrar la salida. A pesar de ese parque magnífico afuera, al alcance de la mano, la brisa en las copas, la abundancia, la música de los pájaros, estaban siempre adentro de la casa, con algún conflicto en puerta, debatiendo pequeñeces sin importancia. Y yo escapando, siempre escapando.

Sin embargo, por más que me rebelase contra ese silencio tenso y esa rigidez, yo quería a mi familia, era lo que conocía. Me cuidaban, a su manera, a pesar de ser la oveja negra que se despegaba del grupo familiar. Cuando miro hacia atrás, lo hago con empatía y un entendimiento más profundo de todo. Eran otros tiempos, la desdicha en ellos era un hábito, lo único que conocían. Ya más de adultas vi a mi madre y a mi tía buscar caminos propios y encontrar huecos de luz aquí y allá. Verlas brillar a ambas de vez en cuando, cada una en lo suyo, me producía bienestar e ilusión. Algunos encuentran su llama interna y otros pasan por la vida sin nunca acceder a ella, pero el lugar para el cambio está siempre ahí, al toque.

*Somos solo estrellas buscando su luz,
somos solo una brisa fugaz.*

La mayor parte de mi infancia transcurrió en ese campo de la provincia de Buenos Aires, cerca de un pueblo llamado Rauch. Tomábamos el tren en Constitución, desde la Capital, y viajábamos durante horas. Era un tren lento que paraba en cada estación. En ese momento los ferrocarriles argentinos funcionaban a pleno. Se viajaba con mucha comodidad, en asientos de cuero marrón, amplios y limpios. O en camarotes privados con cuchetas. En el vagón donde se encontraba el restaurante había café con leche, Nesquik y pebetes de jamón y queso. A veces nos tocaba un horario en el que se servía almuerzo, o cena, y la comida venía humeando, en una fuente pesada de acero plateado, con una tapa redonda y una manija que el mozo levantaba como si fuese una caja de sorpresas. Me fascinaba inhalar el vapor de comida caliente mientras afuera el paisaje pampeano se deslizaba lento, solitario.

El ritmo del tren sobre las vías y la noción de que pronto llegaría al paraíso me adormecían.

*Montes azulados,
espejismos desolados,
horizontes redondos
que se incendian
en mi piel.*

El campo era aún un lugar salvaje, pajonales altos, avestruces, zorros, zorrinos, gatos monteses, mulitas, peludos, liebres, perdices, búhos nocturnos, murciélagos, pájaros de todas especies que habitaban potreros inmensos. La sensación de fuerza era inagotable. La vida, la muerte, el peligro, la belleza iban todas de la mano. Si llovía quedábamos encerrados ahí adentro hasta que el barro cediera y los caminos se volvieran transitables nuevamente. Yo rezaba para que eso sucediese. Me sentía un animalito que pertenecía a la fauna del lugar. No quería irme, nunca. Mi deseo más profundo era dejarme crecer las uñas y el pelo, camuflarme en ese paisaje agreste y quedarme a vivir en alguna laguna con las ranas y las garzas.

Hoy, entre las siembras, el glifosato, los cazadores y el cambio climático que ha producido alteraciones irreversibles en el planeta, la fauna y

la flora se han ido extinguiendo y el panorama es mucho más industrial. Se ven menos flores silvestres oriundas de la pampa, como la verbena o el macachín. Con suerte, muy de vez en cuando, aún se ven algunos flamencos, garzas y cigüeñas en las lagunas, si es que no están secas. Y los teros, con su chirrido irritante, siguen dominando todo el paisaje pampeano. También continúan revoloteando horneros, tijeretas, calandrias, benteveos, torcazas, pero sus cantos han sido sofocados por las estridentes plagas de cotorras verdes que, desde Brasil, invadieron nuestras llanuras durante las inundaciones de los años ochenta, reproduciéndose de manera salvaje, y quebrando ese silencio tan delicado que era parte del lugar. Son fulgurantes, resistentes, inmortales, férreas como cucarachas, viven de veinte a treinta años y decidieron establecerse en esta zona.

Llegar hasta el campo desde el pueblo era toda una aventura. Quedaba lejos, y a veces, si había llovido mucho, nos venían a buscar en coche de caballos. Cruzábamos el Arroyo de los Huesos en un carruaje que se inclinaba hacia los costados, tambaleando, los caballos tirando, haciendo fuerza para no quedarnos encajados. Siempre se buscaban los pasos más pedregosos para que las ruedas no se hundiesen en el barro del arroyo. Yo deseaba que ocurriera algún imprevisto, que nos quedáramos empantanados, que tuvieran que venir a buscarnos a caballo, que la aventura se extendiese como una novela, pero nunca llegó a pasar, los paisanos que conducían el coche eran demasiado baqueanos.

Esos primeros seis años de mi vida transcurrieron casi enteramente en el campo. Vivíamos sin luz eléctrica ni gas. Se cocinaba en cocinas a leña. En invierno las chimeneas estaban prendidas día y noche y yo me pasaba las horas mirando el fuego, las imágenes y siluetas que formaban las llamas, siempre diferentes, como los rostros de los seres humanos. El sonido crujiente de la leña quemándose me hacía entrar en un estado zen, de sosiego total. Aun cuando de vez en cuando estallara alguna partícula como si fuera una bengala navideña interceptando mi letargo.

Las noches estaban iluminadas por faroles y lámparas de querosén. Los faroles lanzaban un siseo fogoso, como de reptil exasperado, con llamaradas altas difíciles de regular, y, siendo tan pequeña, me resultaban amenazantes. Aún tengo una marca en mi brazo derecho de una quemadura brutal que me hice una noche al rozar el vidrio de un farol encendido. Desde ese día, si estoy sola, prefiero quedarme a oscuras o con una vela antes que lidiar con faroles. En cambio, las lámparas de

querosén tenían algo pacífico, reposado, eran silenciosas como las noches de campo. Las llamas se podían regular fácilmente y el color azulado que despedían me producía un deleite que calmaba todos mis miedos. Mamina, mi abuela materna, sabía que no me gustaba dormirme a oscuras, así que colocaba una lámpara con la llama bajita sobre mi mesa de luz y la dejaba ahí hasta que mis ojos se cerraban. Dulce compañía.

*La luna apaga su luz
y desde lejos se ven
aquellas noches extrañas,
noches de querosén.*

Por las mañanas, cuando abríamos los postigos, el campo se veía blanco, cubierto de una helada inmaculada, como si, durante la noche, un hada pasajera lo hubiese transfigurado. A medida que nuestros ojos se iban acostumbrando a la luz del día, emergían hebras de hielo transparente, suspendidas entre las ramas de los árboles desnudos, formando figuras esqueléticas. A veces el agua se congelaba en los caños y había que esperar hasta el mediodía para que volviera a circular con normalidad. Durante esos días de temperaturas bajo cero, Mamina nos despertaba con una pequeña estufa a querosén que inundaba el cuarto de una luz azul llena de duendes, la apoyaba cerca de nuestras camas para que nos vistiéramos sin congelarnos, y yo era feliz. Estábamos todos vivos. Todos.

Durante esos tiempos tuve todo tipo de mascotas, pero ninguna pudo suplantar el amor de Epi, una urraca pichona (en la provincia las llamaban pirinchos) que encontré abandonada en el campo caída al lado del poste de un alambrado. La puse en una caja de cartón que forré con algodón y pasto seco y decidí criarla. Los gauchos me dijeron que la alimentara con carne cruda. Lo hice. Me sentaba en la galería y la soltaba, volaba hasta un nogal que había enfrente de la casa y se quedaba hamacándose en una ramita. Al rato volvía y se posaba sobre mi hombro. Se sentía más a gusto entre los humanos que con los de su propia especie.

Un día se enfermó. Arrastraba sus patitas respirando con dificultad sin poder alzar vuelo. Me desesperé tanto que Mamina llamó a un

veterinario, quien al revisarla consideró milagroso que hubiese vivido tantos meses con una dieta equivocada. Ese día me enteré que las urracas no eran carnívoras. Murió en mis manos. Cavé una pequeña fosa y la enterré. Pocas veces lloré con tanta pena como esa noche. Creí que Epi sería parte de mi vida para siempre, que había llegado para quedarse. En ese momento la muerte me era ajena. Fue un golpe demasiado fuerte. Y no paraba de pensar: Dios, ¿adónde estás?

A veces soñaba que corría y corría, cada vez más rápido, hasta remontar vuelo, dejando la tierra atrás. Me desprendía de todo, me entregaba a la sensualidad de esa experiencia, y la placidez era total. Pasaba horas volando entre los pájaros, las nubes bajas, las copas de los árboles, planeando allá arriba con una facilidad asombrosa, tomando impulso para ascender y dejándome caer en picada como esas aves de alas anchas que flotaban sobre mí, dibujando sombras sobre el campo.

Mis sueños eran tan vívidos que estaba convencida de que, si me trepaba al cedro más alto del casco y me tiraba desde la copa, no habría posibilidad alguna de caer al suelo, me visualizaba planeando en el aire, mis brazos abiertos, jugando con algún chajá, rozando alas, escondiéndome, reapareciendo, controlando hasta el último movimiento. Mis seis años me producían un efecto de poderío, de liviandad gimnástica, me sentía un gato montés, una acróbata. Me levanté una mañana dispuesta a demostrarle al mundo mi capacidad de volar. Me dirigí al cedro, me metí dentro de sus ramas gigantes y, abrazada al tronco, miré hacia arriba, midiendo hasta dónde trepar. Apenas se veía la copa desde el piso. Comencé a subir, reptando con agilidad por entre los gajos, como un mono. Me llevó un buen tiempo. Cuando llegué al tope tenía mis piernas y brazos rayados, y algunos cortes profundos que sangraban. Pero la adrenalina me impedía sentir dolor. Estaba en un trance raro, quizás algo suicida. Miré a mi alrededor. Era otro paisaje del que yo conocía. Se veían las nubes más cerca, los techos de las casas y las copas de los árboles del parque más lejos, los potreros como cuadrados geométricos, las vacas y los caballos pequeños como juguetes, el zanjón, ese hércules lleno de fuerza, como un hilo insignificante. Había alcanzado el cielo. Había llegado el momento de volar.

Sin pensar en nada, sin una pizca de miedo, abrí los brazos y me lancé. Intenté planear, pero advertí que mi cuerpo no me respondía, que

pesaba como una roca y había empezado a desplomarse con una velocidad inusitada. Seguí aleteando con fuerza, empecé a dar tumbos en el aire, reboté contra la tierra con un golpe seco y no recuerdo más nada.

Cuando desperté estaba en la cama, rodeada por Mamina, la cocinera y un gaucho con quien éramos muy compañeros. Todos me miraban como a un bicho raro. No había un solo lugar de mi pequeño cuerpo que no me doliera. Estaba llena de moretones azules, negros, grises, verdes. Apenas podía ver, tenía un ojo tan hinchado que no lograba abrirlo, y un chichón grande como otra cabeza en mi cráneo. Mamá estaba furiosa y no sentía ninguna piedad por mí. En cambio, Mamina se quedó sentada a mi lado gran parte de la noche, acariciándome. Nadie entendía cómo no me había quebrado ningún hueso. Me largué a llorar con un llanto tan fuerte y fulero que me asusté hasta a mí misma. Me sentía humillada, traicionada por la vida. Cuando llegó el médico, estaba totalmente dormida, en una modorra oscura, sin alucinaciones ni fantasías, sumida en la nada. El sueño majestuoso, lleno de alas, espejismos y cúspides, había desaparecido. Nunca más lo soñé. Nunca más volé.

*De vez en cuando un zumbido de alas
atraviesa el lugar,
veloces, aturcidos
los oigo volar,
nadie recuerda como ocurrió.*

Mi padre trabajaba en Buenos Aires, y mi madre pasaba largas temporadas sin él en el campo. Mis abuelos maternos vivían ahí gran parte del año. Si cierro los ojos y voy muy adentro mío, los recuerdo mucho más cercanos que mis padres. Por distintas razones, ni mi madre ni mi padre habían sentido nunca la urgencia o el deseo de tener un hijo. Se dio así. Muchos años más tarde, mamá me confesó con una honestidad admirable que fui un accidente y que cuando se enteró de que estaba embarazada de mí, lloró y lloró hasta quedarse sin lágrimas. No la culpo. En esos tiempos no existía el estar informado, los hijos se gestaban sin querer, al azar. Simplemente nacíamos. Además, el rol de la mujer era tener hijos y criarlos. Eran raros los casos en que una mujer se animaba a rebelarse,

a seguir su vocación. O a abortar. Los mandatos eran casi imposibles de romper. En cambio, Tata y Mamina desbordaban de felicidad con mi presencia; alrededor de ellos todo eran mimos, risas, celebraciones de mi personita. Yo los adoraba, me sentía validada, querida, protegida, el centro de sus vidas. Cuando observo mi expresión en viejas fotografías con ellos, veo paz, una expresión relajada que perdí cuando partió Tata. Era una figura de padre que yo necesitaba a gritos y que no tuve con el mío. Mi padre nunca estuvo preparado para ese rol, lo entiendo. Era un hombre de buen corazón, pero muy narcisista y lleno de dolor.

Esos años de campo me acompañaron toda la vida, me llevaron a detectar el lugar en el que vive cierta felicidad y que aún hoy logro alcanzar, a pesar de que la vida es triste, y ocurren cosas inexplicables e injustas constantemente. Al menos ahora sé que nos iremos de este mundo sin respuestas. Eso me tranquiliza. Como cuando era niña y no buscaba respuestas porque las tenía todas ahí, adelante mío. Las noches cargadas de estrellas, la luna que crecía todos los meses hasta llenarse, el canto de los pájaros que comenzaba a la misma hora todos los días, el sol que no dejaba de salir, los árboles que perdían sus hojas cansadas en invierno, año tras año. Todo lo conectado a los elementos me otorgaba un sentido de permanencia que me era suficiente.

Índice

PRIMERA PARTE

ECOS DE ALLÁ ATRÁS

1945-1974.....	9
Capítulo 1	
NOCHES DE QUEROSÉN.....	11
Capítulo 2	
QUÉ FRAGILIDAD	21
Capítulo 3	
EL ATLÁNTICO SUR	23
Capítulo 4	
TODO TAN FUGAZ	27
Capítulo 5	
NARICES DE TERCIOPELO	29
Capítulo 6	
UN CUARTO QUE MIRA AL MAR	31
Capítulo 7	
PORTUGAL	35
Capítulo 8	
TURQUÍA.....	39
Capítulo 9	
VOLVER.....	47
Capítulo 10	
BRASIL	51
Capítulo 11	
RODANDO	57

Capítulo 12	
LA VIDA EN EL AIRE	59
Capítulo 13	
MEDIHALER EPI	65
Capítulo 14	
IRLANDA	69
Capítulo 15	
PARÍS	75
Capítulo 16	
HAZ TU MENTE AL INVIERNO DEL SUR	91
Capítulo 17	
<i>GABRIELA</i> , MI PRIMER ÁLBUM	105
Capítulo 18	
TE EXTRAÑO	111

SEGUNDA PARTE

PENA Y SOL

1974-1991	129
Capítulo 19	
CALIFORNIA, TIERRA DEL SOL	131
Capítulo 20	
INA HAMMOUDI	147
Capítulo 21	
PEQUEÑO SER	153
Capítulo 22	
MI PADRE	159
Capítulo 23	
LUZ VERDE	163
Capítulo 24	
<i>UBALÉ</i>	177
Capítulo 25	
ADIÓS	187
Capítulo 26	
LLEVAME A VER LA LUNA	191
Capítulo 27	
<i>FRIENDSHIP</i>	195

Capítulo 28	
UNA NUEVA VIDA	199
Capítulo 29	
MI PAÍS EXTRANJERO	205
Capítulo 30	
<i>ALTAS PLANICIES</i>	209
Capítulo 31	
LA AUSENCIA	215
Capítulo 32	
SOMOS SOLO PARTÍCULAS.....	217
Capítulo 33	
MAREA BAJA	219
Capítulo 34	
HUMO EN MI PIEL.....	221

TERCERA PARTE

UN TIEMPO SIN RELOJES

1992-2022.....	233
Capítulo 35	
EL TIEMPO SE SUSPENDE.....	235
Capítulo 36	
LAS TRES MARÍAS	239
Capítulo 37	
<i>UNDER THE INFLUENCE</i>	241
Capítulo 38	
DETRÁS DEL SOL	243
Capítulo 39	
VIENTO ROJO	251
Capítulo 40	
2001, LA CAÍDA	263
Capítulo 41	
UNA LUZ DESPAREJA.....	269
Capítulo 42	
CANADÁ	273
Capítulo 43	
LA VIDA ES COMO UN RÍO	277

Capítulo 44	
EL VIAJE	281
Capítulo 45	
INTERVALO.....	289
Capítulo 46	
DEJA QUE LOS PÁJAROS VUELEN	293
Capítulo 47	
“NO DISPAREN QUE ME NECESITO”	301
Capítulo 48	
UN KARMA PESADO	305
Capítulo 49	
UNA MUERTE VIOLENTA.....	309
Capítulo 50	
ALGUIEN GRITA, NADIE ESCUCHA	311
Capítulo 51	
ESTOS SON MIS DÍAS	315
AGRADECIMIENTOS.....	327

¿Disfrutaste el libro que comenzaste a leer?

Podés adquirirlo aquí,
en www.editorialmarea.com.ar
y en cientos de librerías.

Gracias por apoyar con tu lectura y
recomendaciones este proyecto editorial.

